

CATÁSTROFE ECONÓMICA, BRONCA E INCIPIENTE DESARROLLO DE LA IZQUIERDA MARCAN EL PANORAMA POLITICO ARGENTINO

Aldo Andrés Romero

En Argentina, no sólo los analistas políticos, sino la abrumadora mayoría de la población sabe que las elecciones del 14 de octubre constituyeron un contundente plebiscito contra el Gobierno Nacional y su política. Pese a ello, después de los comicios, el anterior estado de cosas siguió su curso: la catástrofe socioeconómica se agrava, el gobierno intenta cansinamente y sin ninguna convicción contenerla con las mismas recetas de siempre, y la "oposición" apenas atina a lanzar protestas entrecortadas, ocupada como está en negociar con los gestores del denostado "modelo". Su obsesión es lograr algún mecanismo que mitigue la asfixia de los presupuestos provinciales y libere fondos para contener el peligro de los estallidos sociales.

Como la mayoría de la población sospechaba, las elecciones no han servido para nada: la violencia estructural de la explotación capitalista y los ajustes impuestos por el imperialismo están asegurados por una "democracia" en la que los mecanismos electorales funcionan de tal forma que no tienen la menor incidencia en las políticas impuestas por "los mercados", al margen de lo que voten los ciudadanos.

Sin embargo, desde otro punto de vista, los resultados electorales tienen una alta significación política, porque suministran algo así como una borrosa "instantánea" de los cambios que se están operando en el estado de ánimo y la conciencia popular. El crecimiento aluvional del "voto bronca" y un pequeño pero relativamente muy significativo crecimiento de la izquierda son datos insoslayables, no sólo para comprender la realidad política nacional, sino para intervenir en la crisis en curso con políticas efectivamente revolucionarias.

La bronca popular marcó la campaña y los resultados electorales

Lo más importante a considerar es que, en esta ocasión, no funcionaron con su tradicional eficiencia los clásicos mecanismos del "voto castigo" y de la opción electoral por el "menos malo". Aunque las razones de esta mutación seguramente son múltiples, complejas y aún contradictorias, resulta evidente que lo fundamental reside en la profunda indignación ante la catástrofe nacional y ante el rol nefasto de las instituciones y de los políticos tradicionales, incluyendo a los "progresistas", como antes señalamos.

En el contexto de un agravamiento sin precedentes de la crisis, las elecciones y los discursos de los políticos aparecieron no sólo como inútiles, sino como una verdadera y dolorosa burla. Frente a esto, se generó una *espontánea* y creciente tendencia a expresar

de alguna forma la indignación acumulada. Cabe subrayar el carácter espontáneo del proceso, porque el llamado a la abstención y al voto en blanco o nulo del Partido Comunista Revolucionario y otros agrupamientos políticos y sindicales menores, apenas pudo influir sobre algunas franjas del "activismo". Y acá nos estamos refiriendo a un *fenómeno de masas*: la abstención, en un país donde el voto es obligatorio, trepó a más de 6.000.000 (vale decir, superó en un 12% al nivel de abstención considerado "natural") y el llamado "voto bronca" llegó a 3.900.000 millones (1.600.000 de votos en blanco y 2.200.000 millones "anulados"). *El "voto bronca" se constituyó en la principal expresión electoral tanto en la Capital Federal como en Santa Fe, y a nivel nacional ocupó el segundo lugar, apenas por debajo de la cantidad de votos logrados por el PJ y aventajando a la Alianza-UCR.*

Evidentemente, sería arbitrario presentar este gesto de rechazo y denuncia como un discurso político estructurado, pero mucho menos lícito resulta afirmar o sugerir que fue una conducta dictada por la prédica de algunos "comunicadores" de TV derechistas. Esto es lo que dijeron los repudiados candidatos de los partidos tradicionales y del "progresismo" en bancarrota y, lamentablemente, lo repitieron algunos candidatos de izquierda que, en el afán de capturar votos, olvidaron la obligación de clarificar y profundizar la crítica al régimen y sus instituciones. Izquierda Unida, por ejemplo, hizo durante las últimas semanas una verdadera campaña contra el voto en blanco, a coro con los reclamos de Alfonsín y la mayoría de los "formadores de opinión" mediáticos. Sin embargo, lo real es que el "voto bronca" constituyó un fenómeno aluvional, expresión seguramente confusa de un estado de ánimo colectivo contestatario, y como tal mucho más progresivo que el tonto electoralismo del "democratismo" en bancarrota.

Decíamos antes que no corresponde presentar este "simple" gesto de protesta como un discurso político estructurado. Pero debemos sí contextualizarlo y tratar de interpretarlo. Esto es, considerar el comportamiento popular ante las elecciones en el marco de la aguda catástrofe que vive Argentina, tras cuatro años de recesión, con una economía prácticamente en quiebra y la población sometida a una ola salvaje de despidos y de rebaja de salarios y jubilaciones. Una nación en la que comenzó a lo largo del año en curso lo que parece ser un ciclo de creciente resistencia social y luchas, con huelgas generales masivas (aunque privadas de continuidad y "ritualizadas" por la burocracia sindical) y con la irrupción de los movimientos de piqueteros y trabajadores desocupados, como nuevos actores del conflicto social y de la recomposición del movimiento obrero y popular. Un país, en fin, donde se acumulan las evidencias de un creciente sentimiento de repulsa al imperialismo. Los principales analistas políticos, por ejemplo, comentaron con sorpresa y preocupación que la amplia mayoría de la población rechaza la cruzada guerrera de Norteamérica y repudia la subordinación a la misma del gobierno nacional. Finalmente, también forma parte de esta situación el completo desprestigio y retroceso de los partidos tradicionales y de los candidatos que como el ex-comisario Patti en anteriores elecciones habían ganado espacio con una prédica de "mano dura".

El "voto bronca" permite llamar la atención sobre algo que muchas veces los militantes de izquierda olvidan: la conciencia de los sectores populares no debe ser considerada mera reproducción y subordinación a la ideología y valores de la clase dominante. En este caso concreto, la tremenda repulsa manifestada hacia los políticos y las instituciones "representativas", siendo seguramente portadora de contradicciones e incoherencias, fue sobre todo *una expresión de lo que Gramsci denominaba "el buen*

sentido" presente en las clases subalternas, que puede y debe ser reconocido (y profundizado) por los revolucionarios que para enfrentar y quebrar la hegemonía político-cultural de la burguesía.